

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »
Sale los miércoles y sábados.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

ADVERTENCIA

El número próximo, correspondiente ya a setiembre, dejará de remitirse a los que no hayan renovado el abono, y a los vendedores que estén en descubierto del mes de agosto.

LO QUE CORRE POR AHÍ

La Correspondencia y otros periódicos han encontrado por fin un filon de noticias.

A medida que el tiempo avanza, que el fresco se va presentando y que se van acabando los cinco ó seis mil reales que cada madrileño metió en la cartera de viaje, La Correspondencia y otros periódicos anuncian:

- «El Sr. D. Q. Q. Q. ha regresado de Biarritz.»
«Ha vuelto a esta corte el Sr. D. K. K. K., con su apreciable familia.»
«Se halla en Madrid S. S. S., de vuelta de Paris.»
«Ha vuelto de Paris la señora de Tal Cual.»
Y sic de ceteris.

Esto es lo que corre. Gentes que vienen a Madrid despues de haber tragado polvo y saliva por esos caminos del diablo, y que procuran poner en conocimiento del país su llegada a la corte. Parece que el ir y venir es cosa de buen tono, y que

A TRAVÉS DE LOS BAÑOS MINERALES

(historia de un soltero cursi),

(Continuacion.)

CAPITULO II.

El amigo de desconfianza.

Pacholi, en su cualidad de hombre civilizado, no podia dejar de engañarse. Le era necesario un amigo, y lo había encontrado. Con ese instinto admirable del hombre, que siempre elige lo peor, Pacholi había elegido entre sus conocidos á un perdido para que fuera su amigo de confianza. ¡Ah! ¡qué pruebas no da el hombre diariamente de prevision y alcance en la eleccion de amigos! Nace el perro, y sin que le enseñen á leer ni á practicar la moral del Catecismo, ni á echarse al colete la historia (ese otro catecismo de pecados); sin necesidad de prácticas, ni ejemplos, ni buenos consejos, el perro levanta el hociquito, entrega su olfato á los vientos que corren, y averigua, sin equivocarse nunca, hácia dónde se guisa y hácia dónde se dan palos. Una vez averiguado esto, el perro se dirige invariablemente á donde se guisa, sin que haya sido necesario lamentar su extravío una sola vez. En cambio el hombre, despues de estar completamente

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

un sugeto vale tanto más cuanto mayor es el número de kilómetros que anda.

Los perros son personajes importantes, según eso.

Los madrileños que prefirieron quedarse saludan á los que llegan con la satisfaccion del que se ve vendido.

Se dan casos de personas que han ganado con quedarse.

Por ejemplo:

Una polla gorda se encontró anteayer en la Carrera de San Gerónimo con una polla parecida á las que sirven en las fondas.

—¡Adios, Luisa! ¿Cuándo has venido?

—Esta mañana.

—¿Habias ido á San Juan de Luz?

—Sí, querida, nos hemos divertido una barbaridad (así expresamos las cosas en España); y tú, ¿dónde has ido?

—¡Oh! ¡Yo he hecho un bonito viaje!

—¿Has ido á Baden?

—No, más cerca.

—¿Dónde?

—A la Vicaría.

La polla flaca pierde el color suyo y el postizo á un tiempo.

—¡Ya! ¿Te has casado? (Con dolor.)

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Arturo Sotillo.

—Con Artu... Ea, adios, hija mia, adios; ¡lo celebró en el alma!

Y se retira murmurando:

te aleccionado, levanta su cerebro á los vientos que corren y siempre se dirige á donde se dan palos.

Se trata de escoger á un amigo.

Lo primerito es no hacer caso del honrado y preñar-se del pilllo.

Se busca una mujer y se deja la virtud por unos ojillos retrecheros.

Se elige cuarto para vivir, y si está Vd. tísico ó próximo á ello, tiene muy buen cuidado de alquilar un sota-banco con 108 escalones.

Pacholi tenía todas las grandes condiciones del hombre, y por lo tanto ninguna de las del perro.

El perro tiene invariablemente por amigo al que le da de comer.

El hombre al que lo deja en ayunas.

El amigo de confianza de Jacinto Pacholi era un señorito muy chistoso, muy bailarín, muy tragon, muy fino y muy desvergonzado.

Se llamaba Pepito Manguela.

II.

Manguela había sido creado como la langosta,—para devorar.

Jóven de alguna imaginacion, recurría á todos los medios posibles para ganarse deshonradamente la vida; mas á pesar de sus esfuerzos supremos, algunos dias se pasaban en claro...

Cuando Manguela no devoraba comida, devoraba honras.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admi-nistracion. 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Tres meses. 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.
Se suscribe en la Habana,—Propaganda literaria, calle de la Habana, num. 400.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

—¡Con Arturo! ¡Por eso dejó de escribirme el muy perdido!

La moda es una serpiente que se muerde la cola.

El año pasado, al irme á los baños, dejé en Madrid el sombrero de copa.

Al volver me lo puse, y observé que todo el mundo me miraba con extrañeza.

Y era que todos los sombreros de Madrid habían crecido, se habían desarrollado, mientras que el mio se había quedado pequeño y raquítico.

Fué preciso desecharlo, y compré otro á la altura de las circunstancias.

Al salir este verano de Madrid, volví á dejarme el sombrero de copa en casa.

Anteayer me lo puse. Las gentes volvian á mirarme con asombro.

Todos los sombreros de Madrid se han rebajado vergonzosamente, excepto el mio.

Estamos en pleno reinado del sombrero chico.

No me atrevo á hacer una observacion, como consecuencia de las anteriores, por temor de parecer pesimista.

¿Será que los sombreros están en relacion con las épocas?

¡Sombreros escasos! Todo lo comprendo.

El anuncio de la empresa de los Bufos solicitando hombres feos, da lugar á escenas muy variadas.

No se puede dar mayor desgracia para un hombre

Su destino providencial se cumplia con admirable exactitud.

La moral de Pepe Manguela se reducía á estos cortos preceptos:

1.º Engañar á todo el mundo en obsequio de sí mismo.

2.º No trabajar y vivir á costa del prójimo.

3.º Dejarse dar un puntapié por una peseta, pero suplicar al dador que nos dé la peseta y economice el puntapié.

Con esta moral se llega sin remedio, ó á comer des-cansadamente si las cosas salen bien, ó á tomar el pasaporte para Ceuta si se tuerce el carro.

Véase cómo Pacholi no podia engañarse: entre todos sus amigos, ninguno le gustaba tanto como Pepe Manguela; ninguno, por consiguiente, podria serle más perjudicial.

Se hallaba Manguela en el billar de las Cuatro Naciones, calle de Sevilla, donde canta una jitana por las noches, cuando entró á buscarlo Pacholi.

—¡Hola, Jacinto! ¿Tú por aquí? ¿Quieres que echemos un chapó?

—No, tengo prisa.

—¡Ah, desgraciado, miserable! ¿Con que tienes prisa? Jamás la he tenido para nada. Pero ya que no quieres jugar, me convidarás á una chica de Baviera. ¡Mozo!

chica alemana para obsequiar á mi entrañable amigo Jacinto Pacholi, á quien he de ver pronto en uno de los primeros puestos del gobierno. Siéntate, Pacholi. Tú

que no tiene que comer, y se presenta en Contaduría pidiendo contrato, que oír de los labios del empresario:

—Caballero, es Vd. muy guapo.

Es una galantería que puede llegar hasta el suicidio.

Ayer mañana, el empresario estaba escribiendo una carta en la Dirección.

Oyó estas palabras:

—Buenos días.

Levantó la cabeza, y vió un hombre...

—¡Que firme en seguida! dijo dirigiéndose al contador.

—Pero es que... dijo el hombre.

—¡Que firme, que firme inmediatamente! decía el empresario sin mirarle.

—Pero ¡es que no vengo a firmar!

—No importa; Vd. se contrata sin remedio.

—¡Pero, majadero, es que no me conoces!

El empresario volvió a mirarle... y tuvo que pedirle perdón.

No había reparado en quién era el recién venido.

Era su amigo Frontaura.

Una gran noticia para fin de fiesta.

Abundan de una manera atroz los cuartos desalquilados en todos los barrios de Madrid.

¡Ah, caseros! Ahora sí que se puede decir como en los dramas:

¡La hora de la venganza ha sonado!

Eusebio Blasco.

LAS NOTABILIDADES DEL DÍA

EN TODOS LOS RAMOS.

JULIO JANIN.

Tanto han citado los escritores españoles el nombre de este crítico francés, que es ya muy conocido en España. Su novela *El asno muerto* ha acabado de darle a conocer.

Sin embargo, hay interioridades en la vida y en el carácter de este personaje muy suficientes para que su retrato figure en esta galería.

Janin no es el rey, sino el bajá de tres colas de la crítica; y digo esto porque todo en él está identificado con las costumbres orientales que se atribuyen a estos caballeros de los tres rabos.

El crítico del *Journal des Debats* vive en Passy, en un magnífico, elegante y cómodo chalet suizo, cerca del

estás destinado para ser algo en el mundo; pero ahora que reparo, ¿qué demonio tienes en esa cara?

—Un aire.

—Vamos, enfermedad de rico.

El mozo se aproximó con la cerveza y Manguela le dijo:

—Ah, mira, trae brevas, que quiero las pruebe mi amigo Pacholí. Chico, ni en la Habana hay brevas tan habanas como en este café. ¡Ya verás qué ricas!

—Aquí están las brevas, dijo el mozo dejando sobre la mesa un cajón mediado de ellas.

Manguela regaló a su amigo Pacholí, y en seguida se llenó los bolsillos de brevas: lo menos se guardó 25 ó 30. Escusado es añadir que pagó Pacholí.

—Pues, señor, añadió por fin Jacinto, te vengo a buscar.

—Aquí me tienes, chico, dijo Manguela; dispon de mi como quieras. Mientras tengas dinero, soy tuyo.

—Déjate de bromas y óyeme.

—Debemos advertir que Manguela no ocultaba a nadie que era un pillo; pero los tontos creían que era una gracia más, en vez de ser una verdad de tomo y lomo; Así es que Manguela juntaba su auditorio, que le oía con la boca abierta, y exclamaba: «Señores, yo vivo solo, no quiero ni respeto a nadie: mi dios es un duro; toda mi ciencia se reduce a traerme el duro que me gusta del bolsillo de Vd. al mío, pero sin escándalo, sin ruido ninguno, procurando engañarle a Vd. para que Vd. me lo dé con la peor buena del mundo.»

que ocupaba su compadre el célebre Fiorentino, y a muy poca distancia de la villa que tiene el privilegio de servir de morada al dos veces inmortal Rossini.

El Chalet se levanta perezoso en medio de un jardín lleno de flores, de fuentes, invernáculos, cascadas, grutas y pajareras.

Una elegante tapia con una sola puerta defendida por una verja de hierro caprichosamente calada, rodea el jardín y el edificio.

El Chalet encierra dentro de sus muros, bajo su apariencia campestre, un lujo asiático.

La mayor parte de los espléndidos objetos que adornan las habitaciones, son obsequios hechos al crítico por los que han alcanzado sus aplausos.

En la planta baja está el comedor, la sala de billar y el gabinete del café.

En el piso principal los salones y el despacho del bajá.

Janin es rico, y sufre las consecuencias de su riqueza: esto es, padece gota.

Desde su dormitorio, que es la habitación más coquetamente adornada de la casa, le llevan a su gabinete en una mullida poltrona, y allí recibe a sus amigos y da audiencia a sus súbditos, los autores y los artistas.

Aunque es soltero, tiene en su compañía una señora bella, elegante, distinguida; en una palabra, el tipo de la mujer de una casa francesa.

Habla como un libro de Dumas, y dispone una comida ó un almuerzo con un gusto sivarítico.

Janin no va al teatro, no sale de su casa, y sin embargo, no solo critica las obras dramáticas, sino su ejecución.

La Francia le perdona que juzgue lo que no ve.

Bien es verdad que, según dicen malas lenguas, los actores y actrices van a verle, le cuentan bajo su palabra de honor lo que han hecho, y él los cree.

Tal vez por agradecimiento de esta confianza los actores y actrices le obsequian a menudo.

Conozco yo a un escritor español que estuvo a visitarle.

—Vd. es el rey de la crítica, le dijo.

—Así parece, contestó.

—Si Vd. hablara de un libro que he publicado, me haría Vd. un gran favor.

—No tengo inconveniente.

—En ese caso le enviaré a Vd. el libro, y le doy gracias anticipadas.

Al día siguiente recibió el libro de manos de su autor, y le saludó con una sonrisa de indiferencia.

Pasaron días y días.

El autor visitaba a Janin; este le hablaba de todo menos de su libro.

El bombo prometido no parecía.

Al fin se decidió el autor a interpelarle.

—Tiene Vd. razón... me he olvidado; contestó el crítico... Mi memoria es tan infeliz, que necesitó algún fe-

Así es que cuando Pacholí le oyó decir «mientras tengas dinero seré tu amigo», se echó a reír, celebrando la gracia de su amigo.

—Es el caso, añadió Pacholí, que tengo que ir a Francia.

—¿Tú? ¡Pobrecillo! Vas a hacer bonito papel en Francia. ¿A qué vas tú a Francia, a vender fósforos?

—No, tengo que ir a tomar aguas medicinales para curarme esta especie de nevralgia, o lo que sea, que me ha salido en la cara de resultados de...

—Pues no te dejo ir solo. Yo he estado en Francia; sé hablar francés; conozco las costumbres del vecino imperio, y sé bailar el cancan. Con que nada, lo dicho, yo iré contigo.

—Gracias, amigo Manguela; precisamente eso es lo que venía a suplicarte.

—Para cosas de esta naturaleza no supliques; manda. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana, si tú puedes disponerlo todo.

—Yo no tengo que disponer nada. Mi equipaje lo llevo encima. Me alegro que sea mañana, porque así me ahorro ir esta noche a casa. La patrona se ahorra también el trabajo de darme casa gratis otra noche más.

—Bueno, pues mañana a las dos espérame en el café Imperial. A las tres y media sale el tren *express*.

—¡Poquito tono que nos vamos a dar, Pacholí! Ya verás tú lo que es Francia... Chico, aquello es un paraíso... ¡qué mujeres, qué comodidades, y qué gendarmería! Déjame algún dinero suelto, que voy a ver si le

cuerto. En prueba de ello le contaré a Vd. una cosa. Un escritor americano me pidió el mismo favor que usted, me entregó el libro, empecé a hojearle, y vi que las cubiertas tenían cartera en la parte interior. «¡Qué encuadernación tan original!» exclamé, y registrando aquellos inesperados bolsillos encontré en cada uno un billete de 100 francos. ¿Cómo olvidar esta circunstancia?

—¿Habló Vd. de él?

—Yo lo creo, como que era un libro que valía...

—¡Doscientos francos!

Esta anécdota ha llegado a mi noticia, y como es sabido que en Francia y en Italia la crítica se considera en general como una parte del negocio artístico, la reproduzco sin responder de su autenticidad.

Al morir Fiorentino, su vecino, dejó un palacio y una fortuna de muchos miles de francos. Los periódicos aseguraron que por sus elogios recibía un tanto por ciento del sueldo de los artistas.

Esta costumbre no se ha traducido todavía al español.

Que Julio Janin tiene un gran talento, a pesar de su manía de empezar sus artículos con frases latinas, nadie lo duda.

Si alguno lo dudara, bastaría decir que no le quieren admitir en la Academia.

Durante muchos años ha tenido Julio Janin una misión especialísima: la de inventar todas las frases ingeniosas, todos los chistes, todos los equívocos atribuidos después por la prensa a la Rachel.

Era su *fournisseur d'esprit* (su abastecedor de ingenio) y por esto ganaba mensualmente quinientos francos.

Julio Janin es bajo de estatura, bastante obeso y su fisonomía revela que no le andado descaminado al compararle con un bajá.

No es posible negarle un gran criterio, un profundo sentimiento del arte.

Por eso necesita el lujo en que vive.

Por eso tal vez es amable con los artistas que le rinden homenaje, y consiente que le den las alas para volar a las altas regiones del arte, en donde ve más que todos y cuenta admirablemente lo que ve.

En el *Journal des Debats* publica un artículo semanal y recibe al año 15.000 francos.

¡Qué extraño es que lo vea todo de color de rosa!

Gil Blas.

DESDE EL SUIZO A LA SUIZA

Camino de Francia.

Se sale de Barcelona a la una de la tarde, y se llega a las cinco ó las seis a Gerona.

Este trozo es en ferro-carril.

De Gerona se toma la diligencia.

Los viajeros que han pasado por allí otras veces, y a los cuales se consulta sobre la bondad del camino, aseguran que está como la palma de la mano.

gano un *chapó* a aquel torero chato que está pegado al mostrador.

—Toma, y hasta mañana, Manguela.

—Anda con Dios, Pacholí, que eres el amigo que mejor huele en diez leguas a la redonda.

III.

Así que salió Pacholí, llamó Manguela al mozo.

—Ven acá, criatura. ¿Cuántas brevas has cobrado?

—¡Veintinueve, señorito!

—Justo, veintiocho que tomé yo, y una que tomé es *perdida*. Pues bien; de las veintiocho toma veinticinco, y devuélveme los 50 rs. a razón de dos reales por una, como has cobrado.

—Pero, Sr. Manguela...

—¡Silencio! ¡Y la propina, animal!

El mozo recogió las veinticinco brevas y volvió del mostrador con 50 rs.

De ellos cogió Manguela dos pesetas y se las dio al mozo de propina, añadiendo:

—Hijo mío, los tontos dan para todo el mundo. Todos los días entra por la puerta de Alcalá un caballo blanco.

Y se fué a jugar al *chapó* con el torero chato.

Luis Rivera.

(Se continuará.)

EL PORTERO DE MADRID



La infancia sabe elegir los grados del amor.
Una niña de ocho años, decía a su papá:
—Me quieres mucho, papá?
—Mucho, hija mía.
—Tanto como yo a tí?
—Tanto.
—Imposible... tú tienes tres hijos a quien quieres y yo no tengo más que un papá!

En un número de El Correo se lo siguiente:
En el próximo número del final de la Gran Jirama...
Gracias para jardines,
para talento el gran Thiers,
y para los romances
los que inserta El Correo.

Elogiando Juan A. Luis
su fuerte voz de tenor,
la dijo:—Tengo yo un pecho...
y Luis le interrumpió:
—No me extraña lo que dices,
¡tanto! yo tengo dos.

LEONCLIFICO

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de charol y chabrun, becerillo fino y capillita, etc. Lo mejor de una y otra clase de calzado, etc. etc. etc.



—Hoy hace años que dimos aquella batalla en que murieron diez mil hombres, y solo escapamos con vida veinte caballos. ¿Quién me había de decir entonces, que había de pasar mi vida en una portería!!

Siempre que oigo esta frase, me miro la palma de la mano, y estoy observando un rato.
El lector puede observar conmigo si no tiene inconveniente.
Tengo para mí, que la palma de la mano, propiamente dicho, es el espacio comprendido entre la muñeca y la línea de donde nacen los dedos. La raíz del dedo pulgar constituye por lo menos la cuarta parte de la palma.
Ahora bien; desde el nacimiento de la muñeca hasta el nacimiento del pulgar, hay una cuesta. De allí hacia la derecha (suponiendo que nos referimos en todo esto a la mano derecha y no a la izquierda) otra cuesta mayor. De allí al centro de la palma, una bajada. El centro es un hoyo muy visible; y la parte de la izquierda, así como los dos lados de la línea donde principian los dedos, forman tres nuevas y diferentes prominencias. Resulta, pues, que la palma de la mano está llena de subidas y bajadas.
Esto admitido, cuando a uno le digan:—El camino que va Vd. a recorrer está como la palma de la mano, ya sabe uno lo que va a pasar.
De Gerona a Perpiñan hay doce horas de las que llamamos en España largas. Doce horas largas en diligencia, bastan para pensar seriamente en el suicidio.
—No es precisamente la carretera la que da que sentir; que atendido el estado en que se encuentran las de España, buena y rebuena puede llamarse aquella. Lo desconsolador es el contraste, que el viajero no puede menos

de observar entre las primeras breves horas (¿eh? ahora las horas son breves) de Barcelona a Gerona, y las de este punto a la frontera.
El Ampurdan es un jardín interminable. De las tres provincias de Cataluña, la que se recorre en este viaje es sin duda alguna la más bella. La compañía Charini y la compañía Dios que al caer en tierra los viajeros apenas la ven.
No sé en qué consiste que los viajes en los ferro-carriles y diligencias de España están dispuestos de tal manera, que siempre pasa el viajero de día por los sitios más áridos y feos, y la noche está dedicada a lo que tiene que ver.
Antes de salir de Barcelona pregunté:—¿A qué hora sale el tren de Perpiñan?
—A la una de la tarde me contestó el empleado.
—¿No hay otro más que el de la una?
—No señor, no hay otro.
—¿Es decir que pasaré los Pirineos de noche?
—Justamente.
—¿Pero hombre, eso es un lástima!
—Pues mire Vd., de lástimas está el mundo lleno.
—Y de empleados amables, no; le dije y me marché. Pasé, pues, los Pirineos de noche. A la una (de mi reloj) estábamos en Perpiñan. Dos horas despues el tren de Lyon me llevaba en uno de sus wagoes. Dormí un rato, y desperté en Lyon de día.
Allí me detuve.—Y aquí me paro.

—No señor, le respondo; soy español.
Al oír español se puso apesadumado los que los y comencé a mirarme tan deprisa, tan de arriba abajo, y con tal curiosidad, que mi sangre, esencialmente española, hervía en aquel momento. Aquel hombre me miraba como si yo acabara de decirle:
—¡Aplídate Vd. me voy en tigre vuido, que vira-ja de indulto para no azuzar a la gente.
—¿Español? preguntaba mi hombre sin cesar de mirarme; español?
—Español dije.
—¿Garambal? Garambal! Qué emoción tan nueva! Díxeme años hace que viaje, y todavía no me habías encontrado. Pues me paré en un punto en ninguna parte! ¿Español? ¿De veras es Vd. español?
Ya estaba por decir:—No, de veras no; de profesión soy ruso.
mas, y por pasar el tiempo.
El ruso comencé a hacer preguntas acerca de España, que me dio lugar a algunas respuestas que le dije la educación francesa.
Ea decir, que el hombre que me miraba con tanta curiosidad de español con tanto.
—Pues un hombre muy curioso, muy curioso, se de los demás. Los franceses de allá preguntan de nosotros, la técnica, la técnica, y yo esperando cuando le llegaba lo que me preguntaban los hijos de Sevilla.
—¿Qué está el ruso espiniendo? ¿Qué está preguntando entre palabras francesas? ¿Qué está preguntando esto en español?
Y me señalaba al tiempo que decía:
—Eso, le dije, se llama educación.
El ruso le daba vueltas al asunto.
—Bueno del castaño... muchas gracias amigo mío, muchas gracias.
—¿No hay de qué?
Y cerré los ojos para ver dejaba en paz mi hombre.
Pero al poco rato llegamos a una ciudad me hizo abrir los ojos. El ruso se alegró mucho ser reconocido nuevamente.
En aquel instante se le pararon varios colores, cuyo nombre consulté a Berton si quería man esas moscas, diferentes están en uso, en la variedad sus alas.
—¡Oh! señor! me dijo el en su idioma de allá?
Harto ya de preguntas, los ojos.
—Un español!
Y ya no había una palabra. El ruso repetía el mismo nombre a la mosca, porque en que a los toros los llamamos admirable dentro del idioma. Volví a pararme el tren. Volví a ser curioso. Guiso ver lo que pasaba por la ventanilla.
¿Qué emoción tan grande! Parado en el andén estaba infancía, al cual no veía yo encontrar un español, país y a tal hora, me produjo una que el experimento al ver:
—¡Oh! ¡Oh!
—¿Quién pensaba...
—¿Cómo va!
—Y tú?
—Perfectamente.
—¿A dónde vas?
—A Ginebra.
—¿Allí no vas a estudiar?
—Sí.
—Con un día de permanencia, con una visita a un par de fábricas y algunas vueltas por aquellos paseos, que son encantadores, queda uno corriente y moliente para seguir su camino como si tal cosa hubiera visto.

Mi discípulo
En las horas que dura el viaje de Lyon a Ginebra tuve un compañero que estoy seguro guardará eterna memoria de mí.
Era un ruso que no me dejó vivir en paz ni un instante durante el viaje.
Chapurreaba el francés, y era, por lo que pude comprender, muy aficionado al estudio de las lenguas.
A poco rato de partir el tren, todos los viajeros leían, dormían o callaban, cosas todas muy usadas en los ferro-carriles extranjeros. Los españoles estamos acostumbrados a tomarnos libertades y a usar franqueza, y en cuanto nos encontramos dentro de un wagon cuyos viajeros no se meten con nadie, no podemos menos de extrañarnos.
El viajero ruso me debió conocer en la cara que tenía ganas de hablar; y ¡ojala! no me lo hubiera conocido porque tanto me hizo hablar, que llegué a Ginebra har-to de conversación y de ruso.
—¿Es Vd. italiano? me preguntó en francés.

—No señor, le respondí; soy español.
 Al oír «español» se puso apresuradamente los quevedos y comenzó á mirarme tan deprisa, tan de arriba abajo, y con tal curiosidad, que mi sangre, esencialmente española, hervía en aquel momento. Aquel hombre me miraba como si yo acabara de decirle:
 —Aquí donde Vd. me vé soy un tigre viudo, que viaja de incógnito para no asustar á la gente.
 —¿Español? preguntaba mi hombre sin cesar de mirarme; ¿español?
 —¡Español! dije.
 —¡Caramba! ¡Caramba! ¡Qué emoción tan nueva! ¡Diez años hace que viajo, y todavía no me había encontrado nunca un español en ninguna parte! ¿Español? ¿De veras es Vd. español?
 Ya estuve por decir:—No señor, de veras no; de broma, y por pasar el tiempo.
 El ruso comenzó á hacerme tan estrañas preguntas acerca de España, que me dejó tamañito. En seguida me suplicó que le dijera la equivalencia de algunas palabras francesas.
 Es decir, que el hombre quería dar su primera lección de español conmigo.
 Era un hombre muy risueño, y muy amigo de burlarse de los demás. Dos franceses que iban sentados enfrente de nosotros, le tenían ya entre ceja y ceja, y estaba yo esperando cuando le largaban lo que llaman un timo los hijos de Sevilla.
 —Diga osté (el ruso sabía decir osté, y lo intercalaba entre palabras francesas) dígame osté, ¿cómo se llama esto en español?
 Y me señalaba al hongo que traía puesto.
 —Eso, le dije, se llama entre nosotros *la boca del estómago*.
 El ruso le daba vueltas al sombrero repitiendo:
 —Boca del estómago... boca del estómago... ¡gracias, amigo mio, muchas gracias!
 —¡No hay de qué!
 Y cerré los ojos para ver si haciendo que dormía, me dejaba en paz mi hombre.
 Pero al poco rato llegamos á una estación, y la curiosidad me hizo abrir los ojos de nuevo.
 El ruso se alegró mucho de verme en disposición de ser acometido nuevamente.
 En aquel instante se le puso en la mano una mosca de varios colores, cuyo nombre no sé, pero el lector puede consultar á Buffon si quiere enterarse de cómo se llaman esas moscas, diferentes tan solo de las que por acá están en uso, en la variedad de los colores que matizan sus alas.
 —¡Oh, señor! me dijo el ruso; ¿cómo se llama esto en su idioma de osté?
 Harto ya de preguntas, contesté volviendo á cerrar los ojos.
 —¡Un elefante!
 Y ya no hablé una palabra en media hora.
 El ruso repetía *elefante*, y se restregaba las manos.
 Confieso que no le dije nada de particular variando el nombre á la mosca, porque procediendo yo de un país, en que á los toros los llamamos *bichos*, todo puede ser admisible dentro del idioma.
 Volvió á pararse el tren.
 Volví á ser curioso.
 Quise ver lo que pasaba por fuera, y saqué la cabeza por la ventanilla.
 ¡Que emoción tan grata!
 Parado en el anden estaba uno de mis amigos de la infancia, al cual no veía yo hacia siete años.
 Encontrar un español, paisano y amigo, en aquel sitio y á tal hora, me produjo una alegría tan grande como la que él esperimentó al verme.
 —¡Chico!
 —¿Quién pensara...
 —¿Cómo va!
 —¡Y tú?
 —Perfectamente.
 —¿A dónde vas?
 —A Ginebra.
 —¡Allí nos veremos!
 —¡Sí, que nos veamos!
 —¡De seguro!
 —¡Adios, hasta muy pronto!
 —¡Hasta muy pronto!
 Y el tren comenzaba á andar, y me zambullí otra vez dentro del coche, y volví á cerrar los ojos. Pero esta vez los abrí muy pronto para mirar al ruso y soltar una estrepitosa carcajada, porque el picaro del ruso, aprovechando mis lecciones, le estaba gritando á mi amigo:
 —¡Señor! ¡Lleva Vd. un elefante en la boca del estómago!
 ¡Figúrense Vds. la cara que pondría el otro, ni cómo era fácil traducirle en aquel instante que llevaba una mosca en el sombrero!
 Llegamos á Ginebra.
 Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS

¡Para que vean Vds. lo que son los poetas, ó más bien, ciertos poetas!
 Yo creo que en España abundan asuntos para un poeta digno de este siglo.
 Pues bien; Zorrilla es un poeta español que solo pa-

rece inspirarse con las desgracias de Maximiliano; su amigo y soberano particular en otro tiempo.
 ¿Y las grandes ideas?
 Eso se queda para otra clase de genios.
 Acabamos de recibir el prospecto de *El Drama del Alma*, obra en verso y prosa, escrita por Zorrilla. El prospecto es corto, pero tiene doce veces repetido este verso:

Castillo de Miramar.

Más adelante explica el plan de su obra de este modo:
Del muerto emperador, si Dios me auxilia, voy á hablar, y de Méjico, en familia.
 Pues me parece una indiscreción enorme iniciar al público en esos secretos de familia.

Las empresas de teatros anuncian un sin fin de obras nuevas de nuestros más aplaudidos autores.
 Los nombres de García Gutierrez, de Eguilaz, de Aya-la y otros muchos figuran al frente de diferentes títulos de obras dramáticas.
 Y á pesar de eso hay quien dice que el año se presenta mal.
 Y hay quien asegura que se abona poca gente.
 ¿Pues hay más que hacer sino lograr que escriba Pedrosa?

La Empresa de los Bufos ha dirigido á los autores dramáticos la siguiente circular:

«Muy señor mio: La acreditada y poderosa empresa de este teatro tiene el gusto de participar á Vd. que ha formado para la próxima temporada una compañía, que casi puede llamarse batallón, atendido el número de individuos que la componen y el valor de que todos ellos se encuentran animados.
 Hay en ella muchos actores que tienen reputación, y otros que la tendrán si Vd. no se opone.
 La Empresa, que cree un deber suyo dar á Vd. cuenta de la formación de esta compañía, para que pase, si gusta, á enterarse de los talentos y de las fisonomías, le ofrece desde luego este teatro, que es muy grande y muy capaz de dar pingües utilidades á todo autor, para que Vd. se sirva escribir zarzuelas bufas de éxito seguro, que serán representadas y puestas en escena con todo el aparato que su argumento requiera.
 Asimismo desea se sirva Vd. permitirle representar las obras de su repertorio, siempre que el público venga á verlas, con lo cual todos estaremos contentos y gordos.
 En una palabra; la Empresa confía en que Vd. contribuirá á dar todavía más vida al género bufo madrileño, para solaz y contentamiento de la humanidad hipocóndrica.»

La anterior circular no me parece mal.
 Sin embargo, tiemblo al pensar que pueda disgustarle al corresponsal del *Diario de Barcelona*, porque entonces... ¡ay! ¿cómo va á ser posible empezar el año?... Terrible sería!...

Pronto, muy pronto sale á subasta el teatro del Principe.
 Ya no falta más, si no que salgan á subasta actores y comedias.

—Responda sin dilación á lo que yo le pregunte, le dijo el juez á Ramon; ¿cuál es su arte ó profesion? Y respondió:—Transeunte.

El rey de Baviera, para saludar á la emperatriz Eugenia, le ha dado dos soberanos besos en las mejillas.
 ¡Ah!
 ¡Si yo fuera rey!

La compañía Chiarini se va.
 El último salto, de aquí á Italia, debe ser peligroso.
 Quiera Dios que al caer en tierra los gimnastas, caigan vivos.

A propósito de Italia. Parece que en varios pueblos se dice que el alcalde envenena las aguas, de donde resulta que van ya dos ó tres alcaldes hechos pedacitos.

Un periódico de Florencia da cuenta tambien de que ha sido asesinado un fotógrafo, acusado asimismo de envenenador.
 ¡Vea Vd. lo que son las cosas! Estoy seguro de que nadie se mete con los taberneros.

La *Esperanza* se lamenta del cuadro que ofrecen los indigentes de París.
 ¡Que le parezca á Vd.!

La infancia sabe calcular los grados del amor.
 Una niña de ocho años, decía á su papá:
 —¿Me quieres mucho, papaito?
 —Mucho, hija mía.
 —¿Tanto como yo á tí?
 —O más.
 —¡Imposible!.. ¡tú tienes tres hijos á quien querer y yo no tengo más que un papá!

En un número de *El Cascabel* leo lo siguiente:
 «En el próximo número el final de la *Gran infamia*.»
 Créanme Vds., señores. Al leer este párrafo se me pusieron los pelos lo mismo que lesnas. Y á propósito, aquí para *inter nos* les debo decir á Vds. que no me ha agradado ni pizca el principio de la tal *Gran infamia*. Va en gustos. A otros les ha parecido muy bien.

Granada para jardines, para talento el gran Thiers, y para infames romances los que inserta *El Cascabel*.

—Me gusta Vd., doña Tomasa, porque...
 —¿Por qué?
 —Porque no tiene Vd. nada de mi gusto.

Hay en el circo de Recoletos una artista ecuestre de superior volúmen. Mina Goetz es su nombre. Daria lo que no tengo y un poco de lo que tengo por explotar esa mina.

Epigrama.

Elogiando Juan á Luisa su fuerte voz de tenor, la dijo:—¡Tengo yo un pecho..! y Luisa le interrumpió: —No me extraña lo que dices, Juanito; yo tengo dos.

PASATIEMPO

Solucion á la Charada inserta en el número 94: *Feliciana*.—Idem al Jeroglífico del número anterior: *Hay hombres que no son de su siglo ni de su país*. VOLTAIRE.—Idem á la Charada: *Capellanes*.

JEROGLÍFICO



(La solución en el número próximo.)

ANUNCIOS

BAZAR DE CALZADO

Calle de la Montera, núm. 2.
 Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren, becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

ENCUADERNACIONES

En el obrador de Vicente Martín, calle del Lobo, número 40, se glasea toda clase de papel con la mayor prontitud y economía.
 Tambien se doran letreros é iniciales sobre cintas, petacas, carteras, etc. etc.

ACEITE DE BELLOTAS

EFICACÍSIMO CONTRA LA CALVICIE.
 Jardines, 5.—Precio, 6, 12 y 18 rs. frasco.
 En pocas líneas se va á demostrar la acción fisiológica de este nuevo descubrimiento, que tan justamente llama la atención de todas las clases de la sociedad. La epidérmis del cuero cabelludo está compuesta de dos hojas; la más superficial se destruye, se renueva incesantemente y produce esas escamas ó caspa que ensucia los cabellos. Estas hojas tapan los conductos pilosos y los obstruye, es decir, se opone á la salida del cabello que queda en estado de pelu-silla en el espesor de la piel. El aceite de bellotas posee la propiedad de levantar esa hoja epidérmica, de desobstruir los poros, y por via de absorción neutralizar las virus ó las causas que ordinariamente ocasionan la calvicie, la lopecia y hasta la canicie. Nuestro aceite de bellotas, superior á todas las pomadas, aguas, aceites y tinturas regeneradoras sin excepción (según la opinion de veintidós periódicos científicos), desarrolla una ligera excitación en la piel, activa la circulación de las membranas, nutre los bulbos enfermos y les obliga á echar el tronco á los tallos capilares. Los sucesos de nuestro específico han coronado siempre las esperanzas de las personas que lo han usado con perseverancia. Tambien sirve simplemente para el tocador, para lustrar, conservar y dirigir una buena cabellera, ocultar y precaver las canas.
 El inventor, D. de Brea y Moreno, occultador de SS. AA. RR.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.